



Educación superior, ¿motor de cambio o factor de exclusión social?

Por Elva María Maya Márquez



Fotos: Luis Ángel Velázquez

El tema educativo se encuentra presente en todos los países del mundo, en el caso de América Latina sigue siendo una tarea pendiente, toda vez que, derivado de problemas sociales, políticos y económicos, impacta en factores clave, como acceso, permanencia, egreso, calidad, etc. La suma de estos nos lleva a replantearnos los desafíos a los que se debe hacer frente para garantizar, en la medida de lo posible, el ingreso de un mayor número de jóvenes a la educación superior.

Este nivel académico representa un parteaguas en la vida de un gran número de personas, ya que la formación recibida influye en las oportunidades y tipo de empleo que se obtenga en la vida adulta. Sin duda, la educación y el mercado laboral tienen cierta correlación, ya que las herramientas y los conocimientos adquiridos durante el paso por la universidad facilitan o limitan el acceso a un “trabajo formal”, sobre todo en México, donde esta situación genera desigualdad y exclusión social.

Es evidente que actualmente el sistema escolar se ha convertido en un negocio más que en una necesidad social, y prueba de ello es la creación desmedida de instituciones privadas, las cuales hacen emerger una problemática más compleja: la incapacidad del Estado para garantizar el acceso de un mayor número de jóvenes a la universidad, espacio de formación académica y profesional.

En este sentido, se puede argumentar que la educación representa un tema pendiente; si bien es cierto que puede ser vista como un mecanismo de movilidad social y un factor clave de progreso para los individuos y para la sociedad en su conjunto, la realidad muestra que cada día se vuelve más selectiva. De acuerdo con Aníbal León (2007), experto de la Universidad de los Andes, la educación corresponde a un proceso humano y cultural complejo, ya que cambia porque el tiempo

así lo dispone; no obstante, no debe dejar de ser considerada como piedra angular para que la sociedad sea capaz de desenvolverse de manera integral.

Desde esta perspectiva se puede entender el porqué de la exclusión social en la educación: en el mundo real es un hecho que tener interés y “ganas” de superación mediante la formación educativa no basta. Factores económicos, culturales, familiares, personales, y hasta la ubicación de las universidades, interfieren y limitan el acceso a ellas, dejando en una situación de total vulnerabilidad a cientos de jóvenes, los cuales, al no estar en un aula ni en el mercado laboral debido a que no cuentan con capacidades o competencias, no tienen un presente o un futuro alentador.

El Estado y la sociedad han dejado que la educación florezca como un gran negocio; cobertura, calidad, inclusión, pensamiento crítico, reflexivo y responsabilidad social no representan, en la mayoría de las instituciones de nivel superior, un objetivo, y las escuelas públicas resultan insuficientes.

En el caso de los países latinoamericanos, el académico Edgar Eslava cita a la Unesco respecto a que se ha logrado cerca de 95% de cobertura en educación primaria, pero no en los siguientes niveles académicos. “Con apenas un par de excepciones, las tasas de deserción escolar siguen siendo muy altas [...] y el porcentaje de estudiantes que culminan la educación media e ingresan a la superior apenas supera el 30%” (2015: 229).

Replantear el papel de la educación es una necesidad y tarea imperiosa que no debe esperar más. No se puede hacer caso omiso a la realidad que están viviendo los jóvenes en el país, los cuales ven frustrado su proyecto de vida y limitado su campo laboral al no ingresar a una institución de educación superior. Políticas públicas eficientes, con un diagnóstico y ejecución adecuados para atender la problemática de ingreso, cobertura, infraestructura, calidad y egreso deben ser consideradas para encontrar una solución.

Finalmente, como lo menciona Aníbal León: “La educación debe ocuparse de los más jóvenes que se alegran y disfrutan de su juventud, de la alegría, de la energía, de la intrepidez, de la esperanza, la libertad y el placer. El joven encuentra y toma placer en sus días, sin estimar el precio ni el valor por lo que hace [...] El joven no es sabio, ni prudente, ni sosegado. Tiene [o debería] tener el mundo abierto, [...] es una legión de proyectos” (2007: 604) que merecen ser impulsados. 



Referencias

- Eslava, Edgar (2015). “Educación en América Latina: retos y oportunidades para la filosofía de la región”, en *Universitas Philosophica*, vol. 32, núm. 65, pp. 223-244. <10.11144/Javeriana.uph32-65.efro>.
- León, Aníbal (2007). “Qué es la educación”, en *Educere: Revista Venezolana de Educación*, vol. 11, núm. 39, pp. 595-604.



Elva María Maya Márquez es egresada de las licenciaturas en Sociología y en Ciencias Políticas y Administración Pública de la UAEM. Actualmente funge como responsable del Área Académica de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de esta universidad.

